

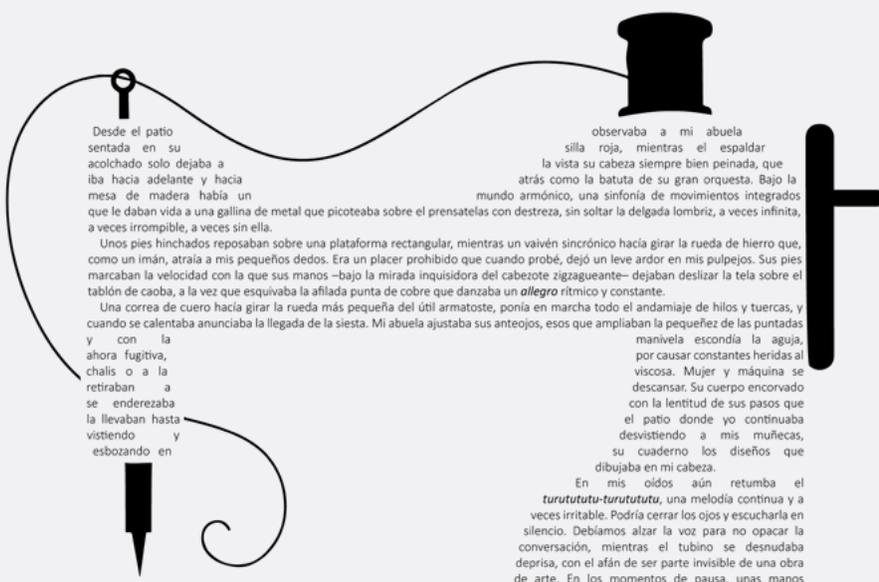
La gallina de metal

Elizabeth Molina Orozco*

*

Estudiante de la especialización de Escrituras Creativas de la Universidad Icesi.

Texto elaborado en el Laboratorio de Poesía



Desde el patio
sentada en su
acolchado solo dejaba a
iba hacia adelante y hacia
mesa de madera había un
que le daban vida a una gallina de metal que picoteaba sobre el prensatelas con destreza, sin soltar la delgada lombriz, a veces infinita,
a veces irrompible, a veces sin ella.

Unos pies hinchados reposaban sobre una plataforma rectangular, mientras un vaivén sincrónico hacía girar la rueda de hierro que, como un imán, atraía a mis pequeños dedos. Era un placer prohibido que cuando probé, dejó un leve ardor en mis pulpejos. Sus pies marcaban la velocidad con la que sus manos —bajo la mirada inquisidora del cabezote zigzagueante— dejaban deslizarse la tela sobre el tablón de caoba, a la vez que esquivaba la afilada punta de cobre que danzaba un *allegro* rítmico y constante.

Una correa de cuero hacía girar la rueda más pequeña del útil armatoste, ponía en marcha todo el andamiaje de hilos y tuercas, y cuando se calentaba anunciaba la llegada de la siesta. Mi abuela ajustaba sus anteojos, esos que ampliaban la pequeñez de las puntadas y con la manivela escondía la aguja, ahora fugitiva, por causar constantes heridas al viscoso. Mujer y máquina se retiraban a descansar. Su cuerpo encorvado se enderezaba con la lentitud de sus pasos que el patio donde yo continuaba desvistiendo a mis muñecas, la llevaban hasta vistiendo y esbozando en su cuaderno los diseños que dibujaba en mi cabeza.

En mis oídos aún retumba el *turututu-turututu*, una melodía continua y a veces irritable. Podría cerrar los ojos y escucharla en silencio. Debíamos alzar la voz para no opacar la conversación, mientras el tubino se desnudaba deprisa, con el afán de ser parte invisible de una obra de arte. En los momentos de pausa, unas manos diestras hilaban y deshilaban en segundos, y un nuevo

sonido se grababa en mi memoria: *ruuuuuuuuuuu*, eran los carretes que volvían a llenarse de color y se apilaban esperando el turno de gastarse en la bobina.

El hilo se dejaba usar sin resistencia, se desenrollaba pasando por un laberinto de orificios, hasta quedar mimetizado con el tono de la tela. Una obra maestra que quedaba oculta a los ojos de la dueña de la nueva prenda.

Hoy, aquella máquina de coser, Pfaff modelo 230, se exhibe al final del corredor de la casa de mi abuela, en silencio, descansa como su única dueña. Extraña aquellas manos que se arrugaron, aquellos ojos que se fueron cerrando, aquellos pies que bailaron con ella. La rueda de hierro ya no gira y mis dedos la recorren en su quietud sin sentir su calor. La gallina de metal ha cerrado su pico y sus alas.

Texto del caligrama: La gallina de metal

Desde el patio observaba a mi abuela sentada en su silla roja, mientras el espaldar acolchado solo dejaba a la vista su cabeza siempre bien peinada, que iba hacia adelante y hacia atrás como la batuta de su gran orquesta. Bajo la mesa de madera había un mundo armónico, una sinfonía de movimientos integrados que le daban vida a una gallina de metal que picoteaba sobre el prensatelas con destreza, sin soltar la delgada lombriz, a veces infinita, a veces irrompible, a veces sin ella.

Unos pies hinchados reposaban sobre una plataforma rectangular, mientras un vaivén sincrónico hacía girar la rueda de hierro que, como un imán, atraía a mis pequeños dedos. Era un placer prohibido que cuando probé, dejó un leve ardor en mis pulpejos. Sus pies marcaban la velocidad con la que sus manos –bajo la mirada inquisidora del cabezote zigzagueante– dejaban deslizar la tela sobre el tablón de caoba, a la vez que esquivaba la afilada punta de cobre que danzaba un *allegro* rítmico y constante.

Una correa de cuero hacía girar la rueda más pequeña del útil armatoste, ponía en marcha todo el andamiaje de hilos y tuercas, y cuando se calentaba anunciaba la llegada de la siesta. Mi abuela ajustaba sus anteojos, esos que ampliaban la pequeñez de las puntadas y con la manivela escondía la aguja, ahora fugitiva, por causar constantes heridas al chalis o a la viscosa. Mujer y máquina se retiraban a descansar. Su cuerpo encor-

vado se enderezaba con la lentitud de sus pasos que la llevaban hasta el patio donde yo continuaba vistiendo y desvistiendo a mis muñecas, esbozando en su cuaderno los diseños que dibujaba en mi cabeza.

En mis oídos aún retumba el *turutututu-turutututu*, una melodía continua y a veces irritable. Podría cerrar los ojos y escucharla en silencio. Debíamos alzar la voz para no opacar la conversación, mientras el tubino se desnudaba deprisa, con el afán de ser parte invisible de una obra de arte. En los momentos de pausa, unas manos diestras hilaban y deshilaban en segundos, y un nuevo sonido se grababa en mi memoria: *ruuuuuuuuuuu*, los carretes vacíos volvían a llenarse de color y se apilaban esperando el turno de gastarse en la bobina. El hilo se dejaba usar sin resistencia, se desenrollaba pasando por un laberinto de orificios, hasta quedar mimetizado con el tono de la tela. Una obra maestra que quedaba oculta a los ojos de la dueña de la nueva prenda.

Hoy, aquella máquina de coser, Pfaff modelo 230, se exhibe al final del corredor de la casa de mi abuela, en silencio, descansa como su única dueña. Extraña aquellas manos que se arrugaron, aquellos ojos que se fueron cerrando, aquellos pies que bailaron con ella. La rueda de hierro ya no gira y mis dedos la recorren en su quietud sin sentir su calor. La gallina de metal ha cerrado su pico y sus alas.